



«Streaking» en el deporte: transgresiones múltiples

«Streaking» in sport: multiple transgressions

Karl-Heinrich Bette

Instituto para la Ciencia del Deporte, Dpto. de Sociología del Deporte,
Universidad Técnica de Darmstadt (Alemania)

bette@sport.tu-darmstadt.de

Felix Kühnle

Instituto para la Ciencia del Deporte, Dpto. de Sociología del Deporte,
Universidad Técnica de Darmstadt (Alemania)

felix.kuehnle@tu-darmstadt.de

ORCID id: <http://orcid.org/0000-0001-6161-0089>



Palabras clave

- Streaking
- Perturbador
- Transgresión
- Desnudez
- Embaucador

Resumen

El fenómeno del «streaking» en el deporte es un tema difícil de ignorar. Quienes lo protagonizan irrumpen en estadios y escenarios desnudos, semidesnudos o disfrazados y provocan con sus transgresiones una interrupción brusca de las competiciones. La sociología ha aportado poco hasta el momento en respuesta a la pregunta de cómo y por qué se producen estas prácticas dejando su interpretación en manos de psiquiatras, periodistas, responsables de seguridad y juristas. En este artículo, Karl-Heinrich Bette y Felix Kühnle examinan las transgresiones de los «streakers» desde el punto de vista fáctico, espacial, temporal y social exponiendo así la particular capacidad de influencia y los efectos de atracción que el deporte de competición ejerce sobre estos perturbadores. En las consideraciones finales, los autores analizan la cuestión de hasta qué punto los «streakers» del ámbito deportivo también pueden entenderse desde la perspectiva analítica como «embaucadores». Se sugieren analogías, ya que en la etnología y antropología cultural se considera a los embaucadores como figuras sociales que transgreden los límites, experimentan un cambio formal y revolucionan las costumbres rompiendo tabúes.

Key words

- *Streaking*
- *Troublemaker*
- *Transgression*
- *Nakedness*
- *Nudity*
- *Trickster*

Abstract

«*Streaking*» in sport is hard to be ignored. Its protagonists burst into stadiums and arenas naked, half-naked or in disguise and cause competitions to be interrupted unexpectedly due to their transgressions. Sociology has so far offered few answers to the question of how and why these practices occur, leaving their interpretation in the hands of psychiatrists, journalists, security officials and lawyers. In this essay, Karl-Heinrich Bette and Felix Kühnle analyse the multiple transgressions of the streakers from a factual, spatial, temporal and social point of view, thus exposing the pull effects elite sport exerts on these troublemakers. In the conclusion, the authors examine to what extent streakers in sport can also be understood as tricksters from an analytical perspective. Analogies can be drawn since in ethnology and cultural anthropology tricksters are regarded as social figures who transgress boundaries, undergo a transformation and flip customs upside down by breaking taboos.

Introducción

La sociología se ha distinguido, en el transcurso de la evolución de la ciencia, como disciplina para observaciones amorales, incongruentes y ajenas de lo social y ha realizado con ello una importante contribución al autoanálisis de la sociedad. De este modo, la sociología también se ha ganado el privilegio de analizar temas que, o bien están ausentes en la jerarquía reputacional de otras disciplinas científicas, o bien incluso se consideran indignos de ser abordados en ellas. Por consiguiente, a la sociología le resulta fácil examinar pautas de comportamiento que, por lo general, se consideran cuestionables, curiosas, incómodas, despreciables o triviales. Y por ello, los sociólogos no se privan en sus investigaciones de esclarecer los comportamientos relativos al consumo de alcohol y al acercamiento a los mostradores de los bares (Cavan 1966) o a la desviación de las normas de comportamiento sexual en los carnavales (Redmon 2003) más allá de cualquier prejuicio y resentimiento. Incluso las prácticas de «inatención civil» (Hirschauer 2005) de personas al utilizar el ascensor o las reglas informales al hacer la cola (Mann 1969) han sido examinadas con gran provecho y extraordinario placer de lectura en el contexto de las incursiones por la sociología de lo cotidiano.

El presente artículo se propone analizar una alteración del orden social, percibida como curiosa y extraña, y que a menudo puede observarse en el

contexto de competiciones deportivas donde causa sensación y diversión, pero también la simple inatención de los medios de comunicación. Estamos hablando del fenómeno conocido como «streaking». Los protagonistas predominantes en el ejercicio de esta práctica ilegal son personas que, tras una preparación secreta, salen a gran velocidad de forma inesperada desde la zona de espectadores o las zonas inferiores del estadio hacia el área de competición, superan las diversas medidas de protección de los organizadores para interrumpir la acción desarrollada en el terreno de juego, exponiéndose así, ante jugadores y público de forma sorpresiva. El «streaking» deportivo como forma de exposición personal y física, hasta ahora casi siempre inofensiva, tiene lugar actualmente en diferentes disciplinas deportivas y espacios de competición. Los «streakers» o «espontáneos» son hombres y mujeres que se presentan en el fútbol, tenis, fútbol americano, patinaje artístico, atletismo, saltos acuáticos, boxeo, golf, curling, críquet, hockey sobre hielo, polo o también en carreras de caballos, perros y coches, así como en competiciones de remo, billar inglés y esquí. En todas esas disciplinas atraen la atención de los espectadores de forma espontánea y no requerida siendo definidos como «saltadores», «espontáneos», «sneakers», «flashers», «pitch invaders», «pranksters» o «imposteurs».

La variedad de denominaciones lingüísticas testimonia que la participación parasitaria de los «streakers» en competiciones deportivas no solo está

muy extendida internacionalmente, sino que también ha dado lugar a numerosas variantes en su manifestación. Los «streakers» aparecen de forma individual o en grupo, se muestran desnudos, parcialmente vestidos o disfrazados, llevan calzado o corren descalzos, van pintados o sin pintar, son viejos o jóvenes, portan máscaras o no y aparecen con o sin teléfono móvil. Se les ve en competiciones, en las pausas de los eventos, en la presentación de equipos, durante la interpretación de himnos nacionales o en las ceremonias de premiación. Algunos perturbadores utilizan sus ataques corriendo para promocionar páginas pornográficas, plataformas de sexo o proveedores de apuestas, para exigir el fin inmediato de los conflictos bélicos con banderas, pancartas o estandartes, para reclamar la independencia de regiones, para testimoniar en favor de la neutralidad climática y la diversidad o para llamar la atención sobre la violencia policial arbitraria en su propio país. También se han observado casos de «streakers» directamente relacionados con el deporte: actúan para hostigar a los árbitros como representantes autoproclamados de su propio equipo, denuncian la mentalidad mercenaria de ciertos atletas o se hacen una autofoto con un héroe deportivo idolatrado reclamando su camiseta para sí mismos. En raras ocasiones, los espontáneos también llegan a los estadios y las áreas deportivas deslizándose desde el aire con parapentes motorizados o sin motor y generando así una agitación comparable a la llegada desde las alturas.

El primer espontáneo deportivo del que se tiene noticia fue el barbudo australiano Michael O'Brien, quien, debido a una obligación contraída en una apuesta, el 20 de abril de 1974, durante el descanso de un partido de rugby entre Inglaterra y Francia, en el estadio inglés de Twickenham, corrió hacia el campo de juego completamente desnudo, ante la mirada atónita de 53.000 espectadores, entre ellos la familia real, atrayendo con su acto la atención mundial gracias a la cobertura de los medios de comunicación. Lo que entonces era una práctica estudiantil de diversión y autoempoderamiento conocida como «campus streaking» había accedido de esa forma al espacio social del deporte. La resonancia mediática del acontecimiento de Twickenham trascendió rápidamente las fronteras propias del deporte incitando numerosas acciones de imitación y allanando el camino del deporte para convertirse en un «bastión de la cultura del streaking en varios países» (Kohe 2012, 207). Erika Roe es considerada la primera espontánea que entraría en los anales del deporte. Su exhibición en toples, una vez más sobre el césped del estadio de Twickenham, tuvo lugar en 1982 ante 67.000 espectadores. Su acto, ahora se recuerda como «probable-

mente el streak más famoso de la historia» (Sheridan 2017, 121).

En los debates académicos, el fenómeno del «streaking» en el deporte ha encontrado una mención más bien incidental en la literatura sobre las llamadas «Celebrities» (Rojek 2002) y en los discursos sobre la moda (Entwistle 2000), la desnudez (Barthe-Deloizy 2003; Barcan 2004), la masculinidad (Alperstein 2010) y sobre el conocido como «ambush marketing» (Wei y Kretschmer 2004). Los artículos sobre deporte y derecho penal (Klett-Straub 2006) han aportado nuevos conocimientos sobre el asunto. Los estudios de Kohe (2012) y Sheridan (2017) se han ocupado de forma explícita del «streaking» de naturaleza deportiva. Kohe (2012) ha analizado la construcción social de los conceptos «nakedness» y «nudity», ha interpretado la noción de «streaking» de forma paradójica como «costumed practice» (Kohe 2012, 197) y ha explorado la ambigüedad y contextualidad de las prácticas de «streaking» en el deporte. Por su parte, Sheridan (2017) ha dado voz mediante entrevistas a conocidos practicantes actuales de este fenómeno, así como a un representante del orden. Sheridan ha facilitado así material interesante y útil, pero se ha abstenido de interpretar de forma alternativa, con la ayuda de perspectivas y teorías sociológicas, las autodescripciones, las afirmaciones de significado, las retóricas legitimadoras y las narrativas de justificación de los protagonistas.

La sociología ha aportado poco hasta el momento en respuesta a la pregunta de cómo y por qué se producen estas prácticas dejando su interpretación en manos de psiquiatras, periodistas, responsables de seguridad y juristas. Las hipótesis lógicas, que describen el «streaking» como un efecto colateral derivado de un consumo excesivo de alcohol, las prácticas de exhibicionismo y las descargas de adrenalina, apuntan a la personalidad y al estado hormonal de los practicantes de este fenómeno, al igual que las teorías habituales sobre la pulsión y sublimación, y son por ello solo parcialmente aprovechables desde el punto de vista sociológico. Las explicaciones personales de conocidos espontáneos expresadas en diferentes situaciones sociales tampoco suelen trascender la simple mención de motivos de protesta, diversión y animación en beneficio del público espectador.

Por medio del presente estudio, nuestro deseo es subsanar el déficit existente en este campo de investigación. Para responder adecuadamente a la complejidad que presenta esta área de investigación, reuniremos las numerosas descripciones propias y ajenas de «streakers» en medios impresos, programas de entrevistas, podcasts, autobiografías (Jump 2011), películas (Luisi 2017) y documentales de tele-

visión (Motjer 2011), también los «Highlight Reels» y las «Compilations» de intervenciones relevantes de conocidos «serial streakers» como Mark Roberts, Karl Power, Rémi Gaillard o Jaume Marquet (alias «Jimmy Jump»), disponibles en plataformas en línea, así como otras compilaciones de vídeo de numerosos «one hit wonder» anónimos del «streaking», e interpretaremos y deconstruiremos sociológicamente las intenciones y los motivos expuestos en los ejemplos citados.

Para conocer a estos espontáneos en sus propósitos y sondear sus motivaciones, es importante en este contexto no solo observar las perturbaciones de los acontecimientos deportivos que los protagonistas de este fenómeno generan con sus transgresiones. Resulta asimismo necesario analizar los efectos de atracción con los cuales el deporte de competición atrae a los espontáneos y desencadena en ellos estímulos que les impelen a la acción. El lema reza: ¡Sin medio no hay forma! En este contexto, centraremos nuestra atención particularmente en las transgresiones en términos fácticos, espaciales, temporales y sociales. En las conclusiones, exploraremos analíticamente la cuestión de hasta qué punto los espontáneos del «streaking» pueden ser asimismo considerados como «embaucadores». Se sugieren analogías, ya que en la etnología y antropología cultural se considera a los embaucadores como figuras sociales que transgreden los límites, experimentan un cambio formal y revolucionan las costumbres rompiendo tabúes.

Transgresiones

En este capítulo, queremos analizar la transgresión de límites por parte de los «streakers» partiendo de la capacidad de influencia específica existente en el deporte de elite empleando la teoría de modelos y mostrar que los «streakers» o perturbadores se presentan como modelos de desviación en todas las dimensiones de la experiencia y la acción. Con tal fin, nos ocuparemos, básica pero no exclusivamente, de los protagonistas que saben cómo provocar en la esfera pública del deporte con la mayor mordacidad, ya sea vestidos parcialmente o desnudos en su integridad, y que se han convertido así en las últimas décadas en epítomes del espontáneo.

Desnudez e impudicia

Las reacciones a la desnudez corporal dependen del contexto. La desnudez se considera algo característico de la esfera privada y la intimidad. En el

mundo del deporte, los espontáneos del «streaking» se sirven de espacios públicos que presentan en su conjunto una naturaleza parcialmente erotizada. No obstante, la exhibición deportiva de cuerpos de atletas bien entrenados y escasamente vestidos apenas permite apreciar una exposición directa de atributos sexuales primarios y secundarios. Las organizaciones deportivas determinan con rigor en sus reglamentos las fórmulas permitidas de presentación del cuerpo y mantienen de forma estricta y directa su código de conducta mediante sanciones potenciales y prohibiciones de participación.

Al mostrarse desnudos íntegra o parcialmente ante un público presente y que no espera tales exhibiciones, los «streakers» infringen el código de buena conducta en el deporte. La desviación consiste en mostrar públicamente, sin que nadie se lo haya pedido, partes del cuerpo que forman parte del espacio íntimo de la persona, del deseo sexual, la reproducción y la función excretora. En este contexto, el recurso al espacio público del deporte por parte de los espontáneos desnudos puede interpretarse como un acto de barbarie manifiesta. La noción de «civilizado» significa, después de todo, «relacionarse con los demás como si fuesen extraños» (Sennett 2000, 336). Desde esta perspectiva, los «streakers» pueden considerarse «tiranos de la intimidad» en las esferas públicas.

La transgresión de límites que protagoniza el espontáneo o «streaker» remite a una asociación entre lo lúdico y el sentimiento de pudor. De acuerdo con las observaciones de Theodor W. Adorno (2003, 32) sobre la mentira, el fenómeno del «streaking» tendría que interpretarse como una «técnica de la impudicia», en la medida en que la vergüenza actúa como un medio social que, en principio, contrarresta los impulsos de una automanifestación excesiva y, de un modo particular, restringe también «la inmoralidad en los demás». Las situaciones vergonzantes transmiten asimismo una pérdida de autoestima, sentido del honor y reputación a los ojos de los demás. En el caso del «streaking», sin embargo, una persona se precipita de forma activa, consciente y con una amplia sonrisa en una fatalidad que los demás espectadores evitarían a toda costa. Al elegir tal situación de forma voluntaria, los espontáneos retuercen la lógica de las convenciones sociales y utilizan su propia pérdida de identidad personal para obtener una ganancia perceptible en su individualidad. Este es un motivo añadido por el cual el público deportivo presente no reacciona ante todo con indignación ante los «streakers», sino que a menudo reconoce su «desnudo desenfadado» (Barthe-Deloizy 2003, 124) con abucheos, risas y aplausos, a veces también con una sonrisa indulgente cuando

el espectáculo ofrecido se opone a lo que se espera según el patrón de belleza imperante.

En el contexto de un análisis sociológico del «streaking» en el deporte, el espectador no puede evitar más allá de esas diferencias fijar su especial atención en la escenificación y la censura de las partes corporales específicas de cada sexo. El falo provoca una conmoción especial en el contexto de su exhibición en público hasta convertirse en la actualidad en un elemento generador de escándalo por excelencia (Barcan 2004, 184). No es casualidad que el miembro masculino esté sometido a una mayor censura, interiorizada por numerosos practicantes del «streaking», en comparación con el busto femenino o las nalgas, que se exponen sistemáticamente en la práctica nada infrecuente del fenómeno conocido como «moon-ing»¹. La zona púbica se cubre entonces con guantes de portero, balones de fútbol desinflados, gorras de béisbol, trajes de ballet, entre otros muchos objetos. En ocasiones, los «streakers» prescinden de este tipo de artículos deportivos y recurren a elementos no humanos como máscaras de zorro, rostros de simio, pavos de plástico y otras curiosidades. Para algunos espontáneos, sin embargo, es precisamente esta tendencia la que se convierte en una frontera simbólica, cuya transgresión selectiva permite ganar en distinción.

Debido a un «privilegio erótico» (Baudrillard 1982, 161) del cuerpo femenino, la exposición del busto no provoca una indignación particular. A diferencia de la desnudez en forma de protesta por la emancipación de la mujer o contra la ganadería industrial y la carne barata, las espontáneas no se distancian habitualmente de los cánones de género establecidos y muestran la parte más llamativa del cuerpo femenino. Este es otro de los motivos por el cual los senos suelen mantenerse sin pintura suponiéndose que hablan por sí mismos. El busto de la «streaker» es más bien forma que medio. Las consabidas reducciones a las manifestaciones físico-sexuales de sus cuerpos, así como la anonimización y cosificación de la mujer, se presentan incluso en sus propias interpretaciones. Con las inequívocas palabras que siguen explicaba Erika Roe la atención generalizada de la que era objeto: «Yo era un viejo elefante. Pero ahí vamos, a los Británicos les gustan las tetas grandes.» (O'Boyle 2016)

La cualidad erótica de correr desnudo ante un público numeroso posibilita la adquisición de «erotic capital» (Hakim 2010). El fenómeno del «toplessness» se revela entonces como un trampolín de acceso a posiciones sociales restringidas en los medios sensacionalistas y la publicidad, y abre oportunidades de presentación gratificantes en lo económico. Por ejemplo, tras su carrera como «streaker» en 1982, Erika Roe recibió una oferta de «Playboy» para publicar otras partes de su cuerpo en poses lascivas.

Al igual que sucede con las activistas de Femen, los «streakers» masculinos en particular ubican de forma reiterada mensajes explícitos en las partes del cuerpo que exhiben en público. En lugar de utilizar el deporte para comunicar mensajes de esperanza por la paz mundial, la no violencia y el amor al prójimo, los espontáneos del deporte transmiten comunicados con referencia a sus propias partes corporales o al entorno social del deporte. A menudo, retoman la semántica deportiva establecida y la desvirtúan de forma humorística. Las referencias obscenas refuerzan en ocasiones la materialidad de su comunicación. En el deporte del golf, una flecha hacia abajo en la espalda de un espontáneo indicaba el recorrido a seguir hacia el «19th hole [19º hoyo]». En la pista de tenis, la censura de las propias gónadas por medio de un mini vestido blanco se comentaba con la pregunta «New Balls [Bolas nuevas]?!» o se caricaturizaba el anuncio testimonial de una conocida tenista para un sujetador deportivo: «Only the Balls Bounce [Solo las pelotas rebotan]»². Durante el período de la pandemia, los propios espontáneos tematizaron el confinamiento, lo desnaturalizaron asociándolo con la zona genital: «Lock this down!» Barthe-Deloizy (2003, 126) lo resumió de la manera siguiente a principios de la década de 2000: «Es imposible mencionar todos los mensajes escritos en los cuerpos.»

Con sus contornos y curvas corporales, los protagonistas del «streaking» exhiben a menudo una fisonomía que parece disfuncional con respecto a los requisitos físico-orgánicos del deporte respectivo y se distancia de forma deliberada de los cánones de belleza existentes. Sobre abdómenes desnudos, el acontecimiento deportivo mundial «Super Bowl» pasa a convertirse en «Super Bowel». La demostración deliberada de torpeza física se ve reforzada por el hecho

¹ En el caso del «moon-ing» se trata de una provocación a los observadores mediante la exposición de las nalgas. Para evitar una posterior confrontación con los observadores reunidos involuntariamente, el «moon-ing» suele practicarse ante trenes en circulación o en el asiento trasero de vehículos.

² La tenista rusa Anna Kournikova era entonces el modelo de un mensaje familiar (publicitario) presente en carteles y pancartas: «Only the ball should bounce [Solo la pelota debe rebotar].»

de que los espontáneos del «streaking» no exhiben coreografías minuciosamente ensayadas ante los espectadores, aunque ellos luego afirmen lo contrario. Sirva como ejemplo de ello la voltereta de Sander Latinga desnudo en el partido de cuartos de final de Wimbledon de 2006 entre Maria Sharapova y Elena Dementieva, que él realizó para el programa de la BBC «Try Before You Die», y que no estuvo a la altura de la elegancia gimnástica y la máxima habilidad corporal.

También pueden encontrarse menciones contextuales de este y otros tipos cuando los «streakers» se mofan con su desnudismo de culturas de consumo deportivo específicas de estratos sociales concretos. Para estigmatizar públicamente las diferencias sociales, los practicantes del «streaking» muestran por ejemplo en Inglaterra, una preferencia por el golf, conocido como el deporte de los diez mil de arriba, y por el hábito de la autopresentación cultivado por la realeza. «El non plus ultra es el encuentro al que se invita a uno de los miembros de la familia real», opina también Francine Barthe-Deloizy (2003, 127). Quien se atreve a mostrarse desnudo delante del «Royal Box» (capitalizado) y enseña a la familia real su dedo corazón no se plantea obviamente nada sobre distinciones refinadas.

Vulneración de límites y profanación de espacios

El deporte moderno se desarrolló en el transcurso de la aparición de organizaciones que definieron reglas aplicables a escala nacional e internacional, fijaron límites temporales y espaciales precisos para el desarrollo del juego, y establecieron un distanciamiento riguroso entre jugadores y público (Bette 2010, 87-103). Los estadios, canchas o pabellones deportivos son escenarios que exponen las acciones de unos pocos a la mirada de muchos. Competidores entrenados con muchos años de práctica se enfrentan entre sí, ante aficionados entusiasmados, con el fin de afianzarse en clasificaciones exigentes, demostrar su maestría profesional y satisfacer las necesidades de entretenimiento del público con actuaciones que, generalmente, los propios espectadores no pueden conseguir de modo similar.

Las peculiaridades de los espacios deportivos y su profanación a cargo de los espontáneos del «streaking» se plantean en el contexto de la marginalización progresiva del espacio en el proceso de modernización social. En el transcurso de la diferenciación funcional de la sociedad, la invención de modernas tecnologías de comunicación como la telegrafía, la telefonía, la radio, la televisión e Internet ha ocasionado un cambio persistente en la relación entre las personas y el espacio. Se ha producido una desvinculación territorial de la comunicación. La evolución de las técnicas modernas de transporte tampoco se ha producido sin consecuencias. El desarrollo de las formas de locomoción, desde el caminar hasta el correr, el uso de animales u otros medios de transporte hasta el cohete espacial describe el recorrido de una creciente revolución en la percepción espacial y la aceleración (Bette 2004, 97-101).

En este contexto, algunos ámbitos sociales especiales han creado una cultura de la presencia basada en el espacio. En el deporte de élite, en particular, se invierte de modo sistemático la disociación entre cuerpo, espacio y locomoción en favor de una «recuperación de los espacios intermedios marginalizados» (Bette 1989, 88). El espacio se convierte en la dimensión decisiva para la puesta en práctica de principios rectores de naturaleza deportiva. En el enfrentamiento por obtener la victoria y eludir la derrota, el espacio llega a ocuparse social, fáctica y temporalmente para que los atletas puedan competir públicamente al correr, saltar, lanzar, arrojar, deslizarse, luchar, boxear o disparar.

Por otro lado, el acceso directo al estadio permite vivir una experiencia especial. Las arquitecturas deportivas modernas se conciben como «máquinas para colectivizar y abrumar» (Sloterdijk 2016, 595), en las que la observación de las actuaciones individuales o colectivas coincide paradójicamente con la fusión entre la masa de espectadores. Los estadios y escenarios del deporte de alto rendimiento se han convertido en lugares especiales, no solo porque en sus superficies de competición surgen en ocasiones héroes en tiempos posheroicos. Sino también porque, en una época caracterizada por una individualización avanzada, los espacios del deporte permiten al ser humano fusionarse en una comunidad de experiencias orientada a la celebración y la diversión. «Como masa, en la masa», comenta Gumbrecht (2021, 15) sobre la embriagadora experiencia del estadio, «queremos estar lo más cerca posible al terreno de juego, casi tan cerca como para tocarlo, [...] también porque esta cercanía redobla la sensación de interoridad – de estar simultáneamente en la masa y en el estadio.»

Mediante la utilización específica de la dimensión espacial, el deporte atrae a figuras sociales que buscan llamar la atención a través de perturbaciones de las interacciones espaciales. Los espontáneos captan la atención en conjunto por una triple intrusión en el sentido manifestado por Lyman y Scott (1967, 243-244). Son *en primer lugar* «violadores» que, al menos durante un breve espacio de tiempo, acceden a un

territorio sobre el que no pueden reclamar ningún derecho y al cual tienen prohibido el acceso. En las modalidades de deportes de equipo, los rituales de cambio formalizados, regulan las idas y venidas de las elites deportivas. Los propios entrenadores sufren una amonestación cuando abandonan su zona de entrenamiento. Los espontáneos actúan *en segundo lugar* como «invasores» porque en sus transgresiones de límites, no solo perturban incidentalmente las competiciones, sino que también las interrumpen durante minutos y llegan a paralizarlas. Cuando los espontáneos acceden al espacio protegido del deporte empleando todo su cuerpo y a toda velocidad, fuerzan una alteración del significado de los acontecimientos que no está prevista en el propio deporte. La «contaminación» de los «streakers» supone *en tercer lugar* un ensuciamiento simbólico del territorio propio del deporte por medio de su desnudez, su insolencia y sus autoexposiciones burdas. Los espontáneos se apropian brevemente de una esfera que ha experimentado una idealización simbólica en la sociedad moderna. Los estadios, terrenos de juego y pabellones en los que se han celebrado megaeventos y acontecimientos mundiales del deporte, en los que se ha podido vivir pasiones, reunir experiencias comunitarias, rendir culto a héroes y experimentar «milagros», son considerados por bastantes espectadores como «lugares sagrados» o «catedrales» del deporte. Los espontáneos del deporte cometen por consiguiente un sacrilegio cuando penetran y profanan estas áreas de competición cargadas de simbolismo.

El alto potencial de influencia que el deporte ejerce sobre el público y los espontáneos se debe, entre otros aspectos, a la idea de representatividad y vinculación local que se vive en los espacios deportivos. El deporte de competición nacional e internacional se aprovecha de la ficción colectiva de que los atletas no solo persiguen sus propios objetivos, sino que también libran sus batallas deportivas como representantes de colectivos supraindividuales y entran en competición por la soberanía y la superioridad del club, la nación, la región, la ciudad, la etnia, el género o el medio de origen (Bette 2019, 139). Los estadios y pabellones se convierten así en objetos de deseo que ejercen una atracción sobre los atletas y el público, pero que también atraen a quienes buscan una escenificación propia valiéndose de estos escenarios de carácter casi sacro. En la Copa Mundial de la FIFA de 2006, el conocido «streaker» español Jimmy Jump casi consiguió poner su barretina roja sobre el trofeo de la Copa Mundial durante la presentación de los equipos antes del saque inicial del partido final convirtiendo el codiciado trofeo en un símbolo de la independencia de Cataluña.

Interrupción y sorpresa

En el marco de su diferenciación, el deporte de elite no solo ha originado espacios especiales, sino que también ha desarrollado una estructura temporal autónoma. Con sus brutales intromisiones, los espontáneos interrumpen el tiempo propio que el deporte organizado ha configurado como tiempo de juego y duración de las competiciones. Los espontáneos no actúan al amparo de una «ceguera inatencional» (Simons y Chabris 1999) de un público completamente centrado en el seguimiento de la competición. Por el contrario, los espontáneos imponen la propia dinámica temporal del «streaking» a atletas, entrenadores, árbitros, espectadores y observadores de los medios de comunicación.

Precisamente porque el deporte reduce las barreras de la comprensión al imponer el predominio de la percepción y sincronizar las acciones de los deportistas con la experiencia de los observadores, la indiscreción del «streaker» se manifiesta en un instante de lo inesperado. Los espontáneos aparecen como «virtuosos del instante» (Bette 1992, 72), quienes, al romper tabúes, se rodean de un aura de transgresores de la norma, de lo impropio y lo escandaloso. Al forzar el cuerpo del espontáneo, sin aviso ni invitación externa, su entrada en el campo perceptivo de jugadores y público en forma de realidad no semiótica, y al captar la atención con su presencia inmediata, surge entonces una «presence» (Gumbrecht 2004) producto del azar, concreta y no reflexiva. El cuerpo raudo del espontáneo se transforma en un estímulo sensorial al que el público también queda expuesto sin remedio, puesto que la competición deportiva se paraliza simultáneamente por la perturbación y, en consecuencia, ya no exige más atención del espectador. Incluso el distanciamiento de las cámaras de televisión deja claro al público pendiente de la retransmisión mediática lo que está ocurriendo en la escena en términos puramente deportivos: nada.

La ventaja estratégica del «streaker» es que puede planificar con precisión el efecto sorpresa y la impostura con antelación a la consumación del hecho. Lejos de ser un «espontáneo» en el verdadero sentido de la palabra, el reiterado «streaker» británico Mark Roberts, por ejemplo, afirma haber pensado meticulosamente sus actuaciones: «Lo pienso todo de antemano y es un proceso de reflexión muy serio: cuál es el mejor momento para seguir, qué quiero hacer, cómo quiero hacerlo y, por supuesto, cómo no ofender a nadie, o hacerlo lo menos posible.» (Thrall 2018, desde 11:33) Él ya había empezado a preparar la final del Super Bowl, retransmitida en todo el mundo, con un año de antelación.

Los espontáneos apuestan por sus incursiones sorprendentes precisamente cuando la ocasión es propicia y nadie se lo espera. No obstante, las medidas de protección de los organizadores de eventos deportivos les obligan a ejercitar sus tácticas como especialistas en el arte del engaño, el camuflaje y la simulación ocultando sus intenciones tras una fachada de inocuidad y normalidad. «Yo apuesto por la sonrisa irónica», comenta Mark Roberts describiendo el estado previo a la acción, «grito con júbilo, salto, me irrito, gesticulo, hago todo lo que hace la gente a mi alrededor. Pero eso es una fachada. En realidad, estoy buscando la manera de acceder al terreno de juego.» (Schild 2014, 85)

Después de saltar y trepar por las vallas metálicas, las láminas de plexiglás y otras barreras, para los espontáneos sigue rigiendo el principio: ¡Prestissimo! Es precisamente el proceso acelerado y a menudo rutinario del desnudamiento lo que confirma que el «streaking» es una forma de acción multifacética que tiene lugar «justo a tiempo», pero que exige una planificación meticulosa y, en este sentido, resulta moderna del todo. Mark Roberts cuenta desde hace tiempo con un sofisticado traje especial del que puede desprenderse en cuestión de segundos. «Tengo ropa con cierre textil que puede simplemente abrirse de golpe. Además, no me pongo nada debajo, salvo quizá una tanga simpática» (Schild 2014, 85), informa «The Streaker». Abrigos, chaquetas largas y conjuntos sofisticados como pantalones con aberturas laterales, camisetas holgadas y botones de presión no forman parte de la última moda, sino que cumplen la función de ir por delante de los responsables del mantenimiento del orden.

Si se sigue la filosofía de Mark Roberts, la exhibición nudista gratificante y exitosa consiste sobre todo en la persecución posterior que surge entre el alborotador transgresor y los encargados de mantener la norma en la vestimenta. En cuanto a la perspectiva de los espectadores, Roberts, llega a añadir: «Pienso que la persecución es la mejor parte para ver, ya que me gusta intentar escapar y esquivar durante el mayor tiempo posible, haciendo que mis perseguidores parezcan tontos.» (Sheridan 2017, 78) Si los espontáneos aún pueden incorporar un flick-flack, saltos aéreos, volteretas o rondadas en sus carreras al principio de su actuación, y comenzar una ronda de «high five» con los deportistas en el campo, el tiempo restante simplemente se esfuma ante la presencia del personal de seguridad que se aproxima. La certeza de llegar a ser atrapado de forma inevitable remite de manera especial a las arquitecturas tradicionales de los estadios deportivos modernos, menos orientados hacia el principio del estadio griego, «que tenía

forma de U y requería que un lado estuviera abierto» (Sloterdijk 2016, 591), sino concebidos según el óvalo característico del estadio romano, que potencia además la experiencia embriagadora del público, permite vistas panorámicas desde todos los ángulos y no deja ningún resquicio libre por el que pueda escapar el espontáneo. Las técnicas y prácticas del «streaking», como esquivar, agacharse, girarse y otros movimientos zigzagueantes en el espacio, son estrategias paradójicas que en este contexto no pueden evitar lo que pretenden intentar evitar.

En este sentido, las tentativas de huida del espontáneo son como reacciones propias de Sísifo contra el hecho inevitable de ser finalmente capturado, el desenlace que forma parte de la puesta en escena inicial. Los espontáneos del deporte se convierten, en cierto modo, en «héroes del absurdo» (Camus 1961, 99). Los «streakers» participan por voluntad propia en situaciones sin salida posible y convierten su suerte en su destino, incluso aunque las fuerzas de seguridad no siempre les superen en velocidad y a menudo se pongan en ridículo ante el público debido a su torpeza. Por lo general, tales situaciones no se prolongan más allá de unos segundos hasta que los responsables de seguridad ponen término a la persecución de forma más o menos indolora y sin humor. Aunque el alborotador es entregado a la fuerza a la policía tras su captura y tiene que contar con sanciones más o menos rigurosas, es necesario imaginarse al espontáneo capturado como una persona feliz. Ha conseguido en definitiva lo que buscaba: llamar la atención.

De la observación a la acción

En el deporte de élite y en su escenificación en los medios de comunicación, la economía de la atención se rige según el principio actual del rendimiento más que en cualquier otra esfera social. Los estadios, escenarios y pabellones deportivos son los lugares donde tienen cita auténticas «celebraciones del principio del rendimiento» (Bette y Schimank 2000, 319). Los espontáneos perturban los rituales de rendimiento y objetividad que se despliegan en los entornos especiales del deporte. Al contravenir las expectativas de pasividad que se esperan del público, al pasar de la observación a la acción e intervenir activamente en el acontecimiento, los espontáneos provocan una interrupción brusca que colapsa temporalmente el complejo régimen de expectativas y la estructura de roles del hecho deportivo, y provoca un amplio cambio de signo en la estructura de la situación de competición.

En términos sociales, el «streaking» en el deporte representa un fenómeno de usurpación de roles.

Los espontáneos no quieren ver más, quieren por el contrario ser vistos en sus transgresiones. Ocupan un asiento, por así decirlo, en una mesa que ha sido dispuesta para otros. Al penetrar en el espacio deportivo, se manifiestan como la atracción principal del acontecimiento y se convierten asimismo y ante todo en observadores de las reacciones de los espectadores. «La reacción del público», observa también Kohe (2012, 198), «se convierte en parte inherente de la acción de hacer streaking». Los espontáneos calibran la resonancia que provocan en el público con su ruptura de tabúes y la utilizan para su trabajo identitario. El público físicamente presente es al principio su punto de referencia más significativo. Sin embargo, la avanzada presencia mediática en las competiciones deportivas ha ampliado el marco de resonancia social hasta hacerlo global para un público no presente físicamente. En este sentido, Mark Roberts, describe en un anuncio para la televisión danesa la mayor importancia de Wimbledon en las carreras de espontáneos, y remite a la retransmisión en directo de todo el evento tenístico celebrado en 15 pistas: «Todos los espontáneos quieren estar en Wimbledon. Es probablemente el mejor torneo del mundo para hacer un streak.» (TV2 Play 2021, 0:53)

Los espontáneos que aprovechan una oportunidad favorable explotan con descaro los puntos débiles del sistema de protección orientado al control, sobornan a los responsables seleccionados con «pescado y patatas fritas» (Sheridan 2017, 20), se camuflan como usuarios de sillas de ruedas, mienten o se valen con habilidad de otras maniobras engañosas y siempre consiguen convertirse en el centro de atención del estadio. La aparición de desnudez tiene lugar a menudo directamente después de haber traspasado el límite. Mark Roberts orienta sus acciones según un código especial: «Sácate la ropa una vez que seas visible!» (Sheridan 2017, 72) El acto de desnudarse en estos casos funciona como una especie de «rito de paso» (van Gennep 1961), en el que los «streakers» infringen las convenciones universales del comportamiento civilizado y llevan al extremo el efecto de contraste del cambio de actitud.

En el tránsito de la observación a la acción, la desnudez de un espontáneo transporta un mensaje de neutralidad a una situación que se escenifica de forma teatral como una competición entre dos o más contrincantes, y convierte rápidamente las prácticas de demarcación en una identificación de los espectadores con el desnudo perturbador. Aunque se obligue al público presente a renunciar en el último minuto al goce de una competición deportiva y a presenciar una acción perturbadora imprevista y carente de un código específico, el público termina, sin embargo,

poniéndose de parte de forma casi cómplice del perturbador perseguido. Es así como las escenas de persecución y huida que se observan van acompañadas de risas, vítores y gritos, e incluso la detención del intruso va acompañada de abucheos y sonoros silbidos contra las fuerzas del orden.

El árbitro se ve confrontado con una grave situación de confusión de roles como resultado de la presencia del espontáneo y se ve forzado hasta el límite de su capacidad de influencia. Dado que los «streakers» se encuentran fuera de los límites establecidos para la resolución de conflictos deportivos, las opciones de ejercer cualquier tipo de influencia para abordar la situación con el espontáneo son inaplicables. De vez en cuando, los «streakers» incluso caricaturizan la pérdida de control del árbitro sobre la situación en las llamadas «actividades de señalización». Los espontáneos transmiten así la imagen de un mundo al revés: El espontáneo enseña la tarjeta roja al árbitro y muestra visualmente a su oponente la incapacidad de este para actuar. En otros casos, el súbito alejamiento de las propias posibilidades de intervención provoca una reacción hilarante. Luego, cuando se muestra la tarjeta roja al «streaker», una amplia sonrisa irónica en su rostro revela la reflexión autocrítica que resulta de las propias acciones. Porque el árbitro también lo sabe: Esta interferencia tendrá consecuencias para el «streaker», pero no ocurrirán por mediación de él, el árbitro.

Los deportistas también corren el riesgo de quedar mal o de mostrar su aparente verdadero yo en el caso de llegar a intervenir en los hechos. Cualquiera que derribe a un espontáneo desprotegido mediante una acción física peligrosa, por ejemplo, una entrada brusca, o incluso que utilice el bate de críquet como instrumento para golpear las nalgas del espontáneo, no estará evidenciando su destreza deportiva, sino actuando como un aguafiestas y arriesgándose a dañar su imagen de modo permanente. La irritación es completa cuando esos mismos jugadores reciben la tarjeta roja antes de la reanudación del partido por su brusca entrada sobre el espontáneo.

Conclusiones: El «streaker» como «trickster»

En la coincidencia coordinada de corporeidad desnuda o parcialmente vestida, profanación del espacio, interrupción y asunción de roles, tiene lugar una usurpación brutal de la percepción del público. Los espontáneos actúan en el contexto de sus múltiples transgresiones necesariamente como «trickster» (embaucadores). Si las peculiaridades arquetípicas de las figuras de embaucadores en pueblos y cultu-

ras muy diferentes de Sudamérica, África o incluso la Polinesia se asocian por igual, por ejemplo, con «violación del tabú, impulsividad, [...], aparente desprecio por los sentimientos de los demás, incapacidad para aprender de los errores del pasado, falta de ansiedad o remordimiento, un narcisismo exhibicionista, uso constante del disimulo y del engaño, y un comportamiento infantil, encanto inocente» (Abrams y Sutton-Smith 1977, 30), cabe entonces pensar, casi inevitablemente, también en los espontáneos y sus transgresiones planteados en este artículo. En este esquema encaja además que el embaucador, que se sale fuera de lo ordinario, aunque ambicioso, sin escrúpulos y de una integridad de carácter más bien dudosa, se gane rápidamente la simpatía del público, porque se presenta como un ser minúsculo y débil, si bien astuto y descarado, que está en condiciones de mofarse con insidia de la autoridad y de ironizar sobre las estructuras establecidas (Kaczmarek 2022).

Para evitar su rápido alejamiento de la exposición pública y mediática, los «streakers» tienen que anticiparse a los intentos del personal de seguridad para evitar sus transgresiones, lo que les obliga a reaccionar mediante engaños creativos. Los espontáneos en serie, en particular, son conocedores sagaces de la parafernalia deportiva, los protocolos de actuación y la etiqueta. Desarrollan capacidades subversivas, utilizan trucos refinados, se camuflan cuando entran en el campo de visión de las autoridades y emplean diversas formas de «ilegalidad tolerable» (Luhmann 1972, 304) en la consecución de sus objetivos. A diferencia de los embaucadores de los mitos antiguos, los espontáneos del deporte no alteran el orden universal transformándolo en caos, por ejemplo encadenando a la muerte (Sísifo) o dando al género humano el arte del fuego (Prometeo). Los espontáneos del deporte interrumpen, no obstante, las competiciones y las rutinas programadas y experimentan, en el curso de su actuación, una mutación formal característica del embaucador cuando pasan de la condición de observadores al papel de perturbadores reemplazando su vivencia como espectadores por la acción como espontáneos y celebrando su metamorfosis en el escenario público del deporte.

También fuera de estadios y espacios deportivos, los espontáneos en serie aprovechan el interés de los medios de comunicación para promover su farsa notoria en apariencia. En ocasiones, destacan igualmente por su torpeza y sus grotescos lapsus. En el

contexto de las invitaciones a programas de entrevistas, algunos espontáneos infringen las reglas sociales y denuncian el comportamiento normal mediante faltas de tacto selectivas. Mark Roberts no solo presentó ante las cámaras su motivación como espontáneo y contó anécdotas de su larga carrera. Entre flatulencias y hurgándose la nariz, Roberts transmitió hacia el exterior la impresión de su fallida socialización y de poseer una personalidad desviada que había perdido el control sobre sus propios orificios corporales y que encontraba notorias dificultades para respetar las normas sociales en los encuentros públicos. La negativa a respetar el código de buena conducta aparece ante los observadores socializados burgueses como un síntoma infantil-pubescente y simboliza una revuelta contra el mundo de los adultos, muy similar a la figura social del «pibe» en Sudamérica, que recibe su impronta socializadora en la calle y en el campo de fútbol y no se preocupa por las convenciones ni siquiera en fases posteriores de su carrera³.

Con el deporte de alto nivel, las perturbaciones que se describen aquí también poseen una cualidad especial porque tienen lugar en un mundo «ficticio», y por consiguiente no alcanzan la nitidez y las consecuencias que resultan de las perturbaciones presentes en la economía, la política o la ciencia. La aparición de personas desnudas en los estadios no dispara la inflación en la economía, no desencadena la pérdida de poder de los partidos políticos y no reduce la generación de verdad intersubjetiva en la ciencia. En apariencia, la desnudez de los «streakers» tampoco causa ningún daño grave al público, como las jocosas reacciones de los espectadores ponen de manifiesto de modo convincente.

Desde una perspectiva de observación de segundo orden, puede apreciarse lo siguiente: Con su aparición pública, los «streakers» no sólo promueven una lógica reversible; más bien, sus acciones son manifestación de una paradójica simultaneidad de reconocimiento y rechazo de los principios y prácticas del deporte de elite. Al perturbar la competición deportiva en términos temporales, fácticos, sociales y espaciales, los espontáneos reconocen de forma tácita la capacidad de influencia que posee el deporte de elite y, al mismo tiempo, hacen visible la variedad de posibilidades que las reglas, normas y rutinas habituales ocultan e impiden desplegar (Elias 1983). Solo la separación de los papeles del deportista de elite y del público consumada en el curso de la evolución

³ En Argentina, Diego Maradona es considerado en particular como la encarnación del «pibe» (chico, joven). Véase en este sentido Archetti (1998, 110-118).

del deporte de alto nivel abre la posibilidad de que los embaucadores utilicen el acontecimiento deportivo de modo parasitario como tramposos, para pasar de la observación a la acción y ganar atención para su propia causa a través de sus actuaciones. Y sin la identificación y delimitación de espacios especiales en forma de estadios, coliseos, pabellones o pistas de competición y el establecimiento de un tiempo deportivo autónomo caracterizado por la serialidad y la ciclicidad, sus estrategias de profanación espacial e interrupción temporal seguirían siendo improbables. Pero, sobre todo, los espontáneos del deporte, a través de su delectación en el franqueo de límites, hacen resurgir brevemente la fisicalidad salvaje, el desenfreno anárquico y una alegría vital de frivolidad exuberante, que ya eran elementos constituyentes de la cultura popular del juego y la festividad (Dunning 1973), pero que habían quedado marginados en el deporte moderno por procesos de disciplina, regulación y contención de las emociones.

Referencias

- Abrams, David A. y Brian Sutton-Smith. 1977. "The Development of the Trickster's in Children's Narrative". *The Journal of American Folklore* 90 (355): 29-47.
- Adorno, Theodor W. 2003. *Minima Moralia. Reflexionen aus dem beschädigten Leben*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Alperstein, Neil. 2010. "Incomplete Masculinity: Framing the Streaker in Television Advertising". *Proceedings of the 10th Conference on Gender, Marketing and Consumer Behaviour*: 21-39.
- Archetti, Eduardo P. 1998. El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino. *Nueva Sociedad* 154: 101-119.
- Barcan, Ruth. 2004. *Nudity. A Cultural Anatomy*. Oxford: Berg.
- Barthe-Deloizy, Francine. 2003. *Géographie de la nudité. Être nu quelque part*. Paris: Éditions Bréal.
- Baudrillard, Jean. 1982. *Der symbolische Tausch und der Tod*. Múnich: Matthes y Seitz.
- Bette, Karl-Heinrich. 1989. *Körperspuren. Zur Semantik und Paradoxie moderner Körperlichkeit*. Berlin y Nueva York: de Gruyter.
- Bette, Karl-Heinrich. 1992. "Gegenzeit und Re-präsentation. Zur Wiederentdeckung von Gegenwart und Langsamkeit in komplexen Gesellschaften". En *Theorie als Herausforderung. Beiträge zur systemtheoretischen Reflexion der Sportwissenschaft*, editado por Karl-Heinrich Bette, 60-96. Aachen: Meyer & Meyer.
- Bette, Karl-Heinrich. 2004. *X-treme. Zur Soziologie des Abenteuer- und Risikosports*. Bielefeld: transcript.
- Bette, Karl-Heinrich. 2010. *Sportsoziologie*. Bielefeld: transcript.
- Bette, Karl-Heinrich. 2019. *Sporthelden. Spitzensport in postheroischen Zeiten*. Bielefeld: transcript.
- Bette, Karl-Heinrich y Uwe Schimank. 2000. "Sport-events: Eine Verschränkung von erster und zweiter Moderne". En *Events. Soziologie des Außergewöhnlichen*, editado por Winfried Gebhardt, Ronald Hitzler y Michaela Pfadenhauer: 307-323. Opladen: Leske + Budrich.
- Bette, Karl-Heinrich y Uwe Schimank, 2006. *Die Dopingfalle. Soziologische Betrachtungen*. Bielefeld: transcript.
- Camus, Albert. 1961. *Der Mythos von Sisyphos. Ein Versuch über das Absurde*. Reinbek, Hamburgo: Rowohlt.
- Cavan, Sherri. 1966. *Liquor license: An ethnography of bar behavior*. Chicago: Aldine.
- Dunning, Eric. 1973. "The Structural-Functional Properties of Folk-Games and Modern Sports". *Sportwissenschaft* 3 (3): 215-232.
- Elias, Norbert. 1983. "Die Genese des Sports als soziologisches Problem". En *Sport und Spannung im Prozeß der Zivilisation*. Frankfurt/Main: Suhrkamp, 230-272.
- Entwistle, Joanne. 2000. "Fashion and the Body: Dress as Embodied Practice". *Fashion Theory* 4 (4): 323-248.
- Gumbrecht, Hans Ulrich, 2004: *Production of Presence. What Meaning Cannot Convey*. Stanford: Stanford University Press.
- Gumbrecht, Hans Ulrich. 2021. *Crowds. The Stadium as a Ritual of Intensity*. Stanford: Stanford Briefs.
- Hakim, Catherine. 2010. "Erotic Capital". *European Sociological Review* 26 (5): 499-518.
- Hirschauer, Stefan. 2005. "On Doing Being a Stranger. The Practical Constitution of Civil Inattention". *Journal for the Theory of Social Behaviour* 35 (1): 41-67.
- Jump, Jimmy. 2011. *Fent el Salt*. Llinars: Quarentena Ediciones.
- Kaczmarek, Ludger. 2022. Tricker I: Motivgeschichte. *Lexikon der Filmbegriffe*, [https://filmlexikon.uni-kiel.de/doku.php/t:trickstermotivgeschichte-1157?s\[\]=%2Atrickster%2A](https://filmlexikon.uni-kiel.de/doku.php/t:trickstermotivgeschichte-1157?s[]=%2Atrickster%2A)
- Klett-Straub, Gabriele. 2006. "Ist Flitzen über ein Fußballfeld strafbar?" *Juristische Rundschau* 5: 188-191
- Kohe, Geoffery Z. 2012. "Decorative Dashes: Disrobing the Practice of Streaking". *Costume* 46 (2): 197-211.
- Luisi, Peter, dir. *Flitzer*. 2017. Frenetic Films. DVD.
- Luhmann, Niklas, 1972. *Funktion und Folgen formaler Organisation* (2ª edición). Berlin: Duncker & Humblot.

- Lyman, Stanford M. y Marvin B. Scott, 1967. Territoriality: A Neglected Sociological Dimension. *Social Problems* 15 (2): 236-249.
- Mann, Leon. 1969. "Queue Culture: The Waiting Line as a Social System". *American Journal of Sociology* 75 (3): 340-354.
- Motjer, Eric. 2011, dir. *Minut de Glòria* [Cortometraje], <https://www.cultureunplugged.com/play/9278/Minut-de-gl-ria>
- Redmon, David. 2003. "Playful deviance as an urban leisure activity: secret selves, self-validation, and entertaining performances". *Deviant Behavior* 24 (1): 27-51.
- Rojek, Chris. 2002. *Celebrity*. London: Reaktion Books.
- Schild, Gerd. 2014. Der Lauf seines Lebens. *11 Freunde* 157: 85-86.
- Sennett, Richard. 2000. *Verfall und Ende des öffentlichen Lebens. Die Tyrannei der Intimität*. Frankfurt/Main: Fischer.
- Sheridan, Willoughby P. 2017. *Streakers of Distinction. How the Pros Let Go*. Kauno: Kopa.
- Simons, Daniel J. y Christopher F. Chabris. 1999. "Gorillas in our midst: sustained inattention blindness for dynamic events". *Perceptions* 28 (9): 1054-1074.
- Sloterdijk, Peter. 2016. *Spheres. Vol. III: Foams*. South Pasadena: Semiotext(e).
- Thrall, Chris. 2021. "World Champion Streaker: Mark Roberts". *Bought the T-Shirt* [Podcast], <https://uk-podcasts.co.uk/podcast/chris-thrall-s-bought-the-t-shirt-podcast/world-champion-streaker-mark-roberts-207>
- TV2 Play. 2021. "Wimbledon. Live fra 15 Baner." TV2 Play. YouTube Video, <https://www.youtube.com/watch?v=gKTwNMZH9RY>
- Van Gennep, Arnold. 2005. *The Rites of Passage*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wei, Lingling y Martin Kretschmer. 2004. "Ambush Marketing: A study of tragedies and legal responses". *International Sports Law Review* 5 (3): 456-468.